

# El engaño a los OJOS

[Rosa Navarro Durán]

«Si no lo veo, no lo creo» decimos ante algo que nos hubiera parecido imposible de admitir si no existiera la prueba de la evidencia, ¡lo hemos visto! Pero las personas podemos dar la apariencia de verdad a algo falso, podemos recurrir a una representación teatral fuera de un escenario; y si parece real, no habrá luego nadie que pueda convencer al espectador de que no es cierto lo que ha visto con sus propios ojos. Ese es el principio que va a encadenar variantes de una misma escena recreada en formas distintas en grandes obras literarias, y no hay que olvidar que la literatura es escuela de vida.

Les invito a entrar en las páginas del más genial libro de caballerías, el que entusiasmó a Cervantes, a su don Quijote y a Pedro Pérez, el cura amigo del hidalgo manchego: *Tirant lo Blanc*, que el valenciano Joanot Martorell empezó a escribir —dice— el 2 de enero de 1460 y que fue impreso por primera vez muchos años después de su muerte, en 1490; pero lo vamos a hacer en su traducción al castellano, que publica en Valladolid el impresor Diego de Gumiel en 1511 como obra anónima, que es la que llegó a las manos de los lectores cervantinos.

## Las malas artes de la Viuda Reposada: la farsa del huerto

La Viuda Reposada es una dama de cierta edad, la mujer de confianza que sirve a la princesa Carmesina; pero va a tener la debilidad de fijarse nada menos que en el guapo Tirante el Blanco —¡para qué va a aspirar a menos!—; pero, como el valiente capitán está perdidamente enamorado de la bellísima princesa, la Viuda no tiene ninguna posibilidad del más mínimo éxito. Ella le confesará su amor y sus ventajas: «Decidme, señor: ¿no sería mejor para

vos amar mujer que fuera diestra en amar y honesta en sus obras aunque no fuese doncella?»; y a la vez empieza a sembrar su cizaña inventando patrañas sobre la honestidad de Carmesina. Como ve que con veladas alusiones no va a ninguna parte, levanta el mayor infundio posible: «Ella se ha ensuciado y envuelto con el Lauseta, hortolano del huerto del Emperador, que es esclavo negro, comprado y vendido, y moro de su natura»; y enseguida viene el ofrecimiento de la prueba de la verdad de tal monstruosidad: «E todo lo que yo, señor, os he dicho, no penséis que sean patrañas; porque, si me lo agradecéis y lo tenéis secreto, con vuestros ojos corporales os lo haré ver». Añade más: «¡Cuántas yerbas he ido yo a coger, y con mi misma mano se las he puesto por destruir el preñado de su vientre de mucha infamia!». Y describe cómo «el mezquino», sin ser enterrado, hizo su viaje por el río abajo. Son las peores palabras que pudo inventar, pero son solo palabras. Tirante se mantiene firme a pesar de que su corazón se tiñe de melancolía. La Viuda pasa entonces a la acción dramática y le hará ver lo que quiere que vea.

Para ello, primero necesita una máscara; y un pintor se la va a hacer por treinta ducados —ella es otro Judas—. Así se la encarga hábilmente: «Tú que eres gran maestro en el arte de la pintura, ¿podrasmе hacer a mi voluntad una cara encarnada sobre cuero delgado negro, que fuese propiamente como Lauseta, el hortolano de nuestro huerto, con los pelos en la cara, unos blancos y otros negros y arrugados? Porque somos cerca de la fiesta de Corpus Cristi, y querría hacer aquel entremés.»

Después, para convencer al espectador de su engaño, tiene que situarlo en un lugar de observación apropiado. Como la farsa va a representarse en el huerto o

jardín del palacio del Emperador, la malvada Viuda ha preparado como observatorio la casa de una vieja que tiene una ventanilla alta que da a él. Pone un gran espejo alto donde se refleje todo lo que se haga en ese lugar, y otro del mismo tamaño en lo bajo, donde Tirante pueda mirar; así lo que se recoja en el primero se reflejará en el segundo.

Ahora necesita los actores para la representación. Y ahí la Viuda va a superar a todos sus imitadores porque va a convencer para que actúe a la propia Carmesina en la farsa cuyo argumento ella ha inventado. La despierta de la siesta, le dice que los físicos —los médicos— dicen que no es bueno dormir mucho y que tiene que bajar al huerto; que allá jugarán para que se le pase el sueño. Carmesina baja al jardín en brial, desabrochada y con los cabellos sueltos. Será la divertida e ingeniosa doncella Placer de mi Vida la que desempeñe el papel de Lauseta, convenientemente alejado del escenario por la perversa Viuda Reposada. Viste sus ropas, se pone la careta, entra en el huerto con una azada al hombro, y empieza a cavar.

Con todo a punto, empieza la representación. El falso Lauseta se sienta junto a la princesa, primero le besa las manos, luego le mete las suyas en el pecho, y por último debajo de las faldas. La princesa se ríe a carcajadas; y la Viuda «volvía la cara hacia Tirante y torcíase las manos y escopía en tierra, mostrando tener gran dolor de lo que la princesa hacía». Solo ella sabe que la farsa tiene el espectador para la que se ha creado. El joven capitán, loco de dolor, romperá los espejos por si pudieran esconder algún engaño fruto de la magia; y sin ellos, con una cuerda sube como puede hasta la ventanuca para poder seguir mirando lo que sucede en el huerto. Falta el último acto: Placer de mi Vida, disfrazada como Lauseta, y Carmesina entran de la mano en la casucha de herramientas, donde vive el esclavo moro; al poco salen, «y la Viuda dio a la doncella un paño para que se le pusiese entre las piernas»; y como comenta el narrador, «la ignorancia de la princesa dio lugar a la endiablada malicia de la Viuda».

Esa farsa vista y vivida como verdad por el engañado Tirante llevará a la separación de los dos enamorados mucho tiempo y partirá en dos el relato. El desesperado joven sabrá la verdad cuando Placer de mi Vida le diga que «ha sido una burla y juego para dar placer a mi señora la princesa, lo cual concertó la Viuda Reposada con algunos aparejos de los juegos de Corpus Cristi; e yo me vestí en forma de nuestro hortolano». Y para convencerle, hará que traigan el disfraz que guarda debajo de su cama; pero todo esto sucede en una galera, y una tormenta espantosa romperá el amarre y los llevará a los dos en medio de un mar tempestuoso hasta las costas de Berbería.

El reencuentro de los enamorados tendrá que esperar mucho, y vendrá precedido por el suicidio de la Viuda, que se toma un veneno al enterarse de que Tirante vuelve victorioso a la corte del Emperador.

Como ya señaló Pío Rajna, el episodio fue imitado por Ludovico Ariosto en el canto V del *Orlando furioso*: es la historia de Ginebra y Ariodante (la versión definitiva de la obra se imprime en 1532). De ahí lo tomaría Matteo Bandello y le daría nueva forma en su novela xxii de *La prima parte de le novelle* (1554). La historia dejaría luego las tierras y la lengua italianas y, a través de la traducción francesa de Bandello (*Histoires tragiques* de François de Belleforest), pasaría a Shakespeare, a su *Much ado about nothing* (impresa por primera vez en 1600); pero tampoco este sería su último destino, porque Stendhal en su inacabada novela *Lucien Leuwen* le daría nueva forma. No deben de ser los únicos engaños a los ojos, pero son los que yo he alcanzado a ver desde mi lugar de lectora.

Voy al episodio tal como Ariosto lo recreó en el *Orlando*, donde sufre una metamorfosis esencial; y desde allí seguirá su camino por otras páginas literarias.

### El engaño de la escena nocturna en el jardín

La historia en las octavas reales de Ariosto comienza *in media res*, a mitad del camino, cuando Rinaldo salva de la muerte a una joven, a la que dos desalmados iban a apuñalar. Ella le contará, en el canto quinto, su historia, la de su señora Ginebra, la hija del rey, y la del traidor duque de Albania, a quien ella se había entregado. (Voy a citar el texto por la traducción de Jerónimo de Urrea (1549), leído por la mayoría de escritores áureos). Dalinda cuenta cómo su amante entra en su aposento por un balcón, «que descubierta fuera el muro estaba», desde donde ella descuelga una escala de cuerdas. Pero a los pocos días Polineso se confiesa enamorado de la princesa, su señora (aunque Dalinda duda sobre cuándo comenzó ese sentimiento) y le pide que le ayude en su empresa de casarse con la hija del rey, afirmando que la seguirá amando siempre. La joven rendida a su amor, accede a hacer todo lo que él le ruega. Falta aún el protagonista: Ariodante, un apuesto, noble y valiente caballero, que se enamora apasionadamente de Ginebra, y que es correspondido por la bella princesa.

Al ver Polineso que nada tiene que hacer frente a su rival Ariodante, amigo suyo, decide empezar a actuar y representar la farsa del engaño a los ojos. Primero le dice él que nada tiene que hacer en su cortejo amoroso porque hace tiempo que tiene amores con Ginebra, y le ruega que le diga qué favores le ha concedido ella. Ariodante sin pensar en trampa alguna, le confiesa que la princesa le ha dado palabra de ser su esposa e incluso le ha dicho



que, si su padre no accediera a ello, se negaría a casarse con nadie más. Polineso empieza sus mentiras diciéndole que hace meses que goza de sus amores; y como su rival no solo no lo cree, sino que lo desafía para probar que es un traidor, el duque le contesta que no conviene tal batalla, «mas lo que te he dicho manifiesto / haré que veas tú, y así se ordene».

La farsa va a empezar. Dalinda vestirá ropas de Ginebra y aprenderá a imitarla porque Polineso le ha rogado que lo haga para poder olvidar a la princesa: «Yo vendré imaginando que eres cierta / Ginebra, natural y verdadera, / y así de este arte a mí mismo engañando, / en breve mi deseo irá menguando». El resto de la actuación de Dalinda no lo es, sino dar cauce, como de habitual, a su amor, recibiendo a su amante con besos en el balcón, al que él accede por la escala que ella le tiende.

Lo que sucede es que tiene a dos espectadores: a Ariodante y a su hermano Lurcanio. El lugar de observación se lo ha señalado el traidor al joven, como la hora y el objetivo: el balcón, que a la luz de la luna le dejará ver a la que él cree que es su amada Ginebra abrazando a Polineso. Su hermano lo ha acompañado porque Ariodante temió que fuera una trampa; está a unos pasos de distancia, puede también verlo todo, y luego evita el

suicidio del joven enamorado, que quiso lanzarse sobre la punta de su espada.

Desesperado, Ariodante se marchará; y a los ocho días un testigo de su suicidio vendrá a contarlo: se tiró al mar desde lo alto de un peñasco, y antes le pidió que dijera a Ginebra que lo hizo «porque estando ciego mucho viera». Su hermano decide vengarle, denuncia al rey el comportamiento deshonesto de Ginebra y reta a todo aquel que quiera defender el buen nombre de la princesa; si vence él, la hoguera espera a la bella o inocente joven.

Dalinda, para evitar el interrogatorio del rey, que, desconsolado, está haciendo pesquisas entre las doncellas de su hija, acude al traidor Polineso. Él le dirá que es mejor que se marche a una fortaleza suya que está muy bien defendida; y hacia allá sale acompañada de dos de sus servidores, que son los que tenían el encargo de matarla.

Una vez contada su historia a Rinaldo, este decidirá que vuelvan inmediatamente los dos a la corte. Allí tiene lugar una terrible batalla entre Lurcanio y un caballero desconocido, de armas negras, que ha llegado para defender el buen nombre de la princesa. Rinaldo hará parar el combate, denunciará a Polineso y lo desafiará a combate; lo gana fácilmente, y antes de morir, el duque confesará su traición. El caballero desconocido se quitará el yelmo,

y todos reconocerán al valiente y fiel Ariodante, que quiso morir, vencido por su propio hermano, defendiendo el honor de su amada. Confiesa que, en el momento de sentir que se ahogaba, luchó por seguir vivo y decidió defender la honra de Ginebra porque ella era ante todo su dama. El final feliz une a los dos enamorados y trae consigo el perdón de la incauta Dalinda.

Bandello, en su novela xxii de *La prima parte de le novelle*, sitúa la acción en Sicilia, en tiempos del rey Pedro el Grande, III de Aragón, en el siglo XIII. Los protagonistas son Fenicia, la bella hija de micer Lionato de' Lionati; el joven señor Timbreo de Cardona y su amigo, el joven noble Gironde Olerio Valenziano. La razón y el método serán los mismos: la observación de la escena en el balcón; pero no hay doncella cómplice, basta la imaginación del enamorado apoyada en las pruebas que le prepararán los criados del señor Gironde, encabezados por un perverso joven, que es su confidente y consejero. Será él quien le dirá a Timbreo que un caballero amigo suyo entra en la cama de la joven escalando el balcón dos o tres veces por semana, y que, cuando él quiera, hará «che tu stesso il luogo e il tutto vederai». Le indica el lugar donde debe apostarse para verlo, junto a unas ruinas que permiten ver el jardín, al que dan unas ventanas siempre abiertas porque la familia vivía en la otra parte del palacio. Llegarán tres criados de Gironde, y uno de ellos es el que ha hablado a Timbreo; otro, que desempeña el papel del amante, acude a la supuesta cita muy perfumado, y el tercero lleva la escala. Lo único que el joven enamorado ve en esa noche no muy oscura es que el caballero perfumado sube por la escala y entra por el balcón; lo demás se lo imagina él y lo sume en la desesperación.

Su rechazo público de la joven con la acusación de la deshonra llevará a la bella Fenicia a las puertas de la muerte; salvada en último extremo por los cuidados de su madre y de su tía, su familia decidirá fingir que realmente ha muerto y la esconderá en casa de su tío, que vive a unas leguas de Mesina. Todo el mundo se entera de la desgracia, y se llevan a cabo las exequias con un ataúd, en donde meten «non so che», como dice el narrador. Timbreo se desespera, y también lo hace su amigo Gironde, que acaba confesándole su engaño. Ambos deciden que hay que devolver la honra a la malograda Fenicia, y así lo harán públicamente. Timbreo se pondrá a los pies del que pudo ser su suegro y le dirá que solo se casará si él quiere y aceptará la esposa que elija para él. El final feliz, como puede imaginar el lector, no está lejos: la bella Fenicia, con el nombre de Lucila, será «la elegida» por el padre, y al final vendrá el reconocimiento y la inmensa alegría; para redondearlo, la joven tiene una hermana

menor, bellísima también, Belfiore, que será la esposa de Gironde, el malo que no lo fue tanto.

El genial Shakespeare supo ver el enredo de comedia que escondía esta historia que siempre estuvo a punto de ser tragedia y lo subió al escenario con su *Mucho ruido y pocas nueces* (impreso por primera vez en 1600), que también sucede en Mesina. El malo será don Juan, hermano bastardo de don Pedro de Aragón, que lo es sin finalidad alguna solo por serlo, por extender la amargura que lleva dentro a los demás: «su ingenio se ocupa en fraguar vilezas». Los protagonistas serán Claudio, un joven noble de Florencia y la bella Hero, hija de Leonato, el gobernador de Mesina; pero hay además una pareja ingeniosa y mordaz formada por Beatriz, la prima de la joven, y por su pretendiente Benedicto, un joven caballero amigo de Claudio. El contrapunto constante entre burlas y veras que caracteriza a la comedia tiene un correlato en el asunto central, en el engaño a los ojos; porque habrá un paralelo engaño a los oídos con un loable objetivo: hacer que se enamoren los burlados. Beatriz y Benedicto, o, a decir verdad, hacer que los dos se den cuenta del amor que ambos esconden tras las continuas pullas que intercambian.

El perverso don Juan anuncia a su hermano, el príncipe don Pedro, y al joven Claudio el engaño que va a hacerles ver: «Venid esta noche conmigo y veréis escalar la ventana de su aposento en la noche víspera del día de su boda. Si la podéis amar entonces, casaos mañana con ella; empero convendría más a vuestro honor cambiar de intento» (sigo la traducción de Astrana Marín). Lo harán, claro está. Lo que ven y oyen es lo que cuentan Borachio, criado de don Juan, a su compañero Conrado: «Esta noche he cortejado a Margarita, la doncella de la señora Hero, llamándola Hero. Asomada a la ventana de su aposento de su señorita, me ha dado mil veces las buenas noches... Pero te cuento con torpeza la historia... Debido a comenzar diciéndote cómo el príncipe, Claudio y mi amo, apostados, colocados y advertidos por mi amo don Juan, presenciaron desde lejos en el jardín esta comedia amorosa» (acto tercero).

Don Pedro escupirá a la cara de la pobre inocente Hero lo que han visto los tres, y así se lo dice a su madre: «Por mi honor, yo, mi hermano y este pobre conde, la hemos visto y oído a esa hora de la noche última hablar con un rufián en la ventana de su aposento; el conde como bellaco, al fin, sin pizca de decoro, nos confesó en varias entrevistas que habían tenido mil veces en secreto» (acto cuarto). Es la deshonra pública, a la que sigue el castigo de mayo de la bella joven; y después la idea del fraile que se ofrece a casarlos de fingir su muerte para que llegue el arrepentimiento de esos acusadores.



El final feliz comenzará con la confesión de los bellacos criados, apresados por los torpes e ignorantes soldados de la ronda, que habían oído cómo se envanecían de su hazaña. Así lo dice Borachio en el último acto al príncipe don Pedro: «Os he engañado a ojos vistas. Lo que vuestra discreción no supo descubrir, estos imbéciles groseros lo han sacado a luz, los cuales me acecharon anoche y me oyeron confesar a este hombre cómo don Juan, vuestro hermano, me había incitado a calumniar a la señora Hero; cómo se os condujo al jardín y me visteis cortejar a Margarita en traje de Hero».

La supuesta nueva esposa que le escoja Leonato a Claudio (repitiendo lo que imaginó Bandello) vendrá enmascarada; y cuando caiga la máscara y renazca Hero, no queda más que el final feliz para todos. Se ha descubierto el engaño a los ojos, pero no sucede así con el trampantojo al oído, porque no era más que un reflejo de la verdad: el amor que esa pareja de ingeniosos se profesaba, ¡Dios los cría, y ellos se juntan!

### La eficacia del engaño a los ojos: la separación eterna de los enamorados

A esa cadena de obras literarias enlazadas por el engaño a los ojos y bien conocida por los críticos, hay que añadir una más, dos siglos después: *Lucien Leuwen*, la obra inacabada de Stendhal que escribió entre mayo de 1834 y setiembre de 1835, con pausas, con abandonos, hasta dejarla sin final; pero con tres prefacios, fechados en 1836; se publicará muchos años después de muerto el escritor (1842), en 1894, en ese estadio de borrador, con vacilaciones, sin final. En el trasfondo está su amor nunca olvidado por Clémentine Curial —viuda ya del general Curial, que muere en mayo de 1829—, porque la protagonista, la bella e inteligente Mme de Chasteller, es también viuda de un general, y el amor absoluto del joven militar Lucien Leuwen. Como dice Stendhal: «L'auteur pense que, excepté pour la passion du héros, un roman doit être un miroir»; y podía haber añadido que la pasión del héroe ha aprendido mucho del alma del escritor.

Estamos en Nancy, ciudad provinciana, y vamos de salón en salón donde las damas de la buena sociedad reciben. La reina, por su belleza inalcanzable, por su discreción, por su inteligencia, es Bathilde, Mme de Chasteller. Llegará a esa ciudad, entrará en esa sociedad selecta, un joven y apuesto militar, de muy buena y rica familia, Lucien Leuwen; y empezarán las conversaciones a dos en el hotel de la dama, siempre con una antipática mujer de compañía como testigo. Lucien no logra grandes avances en su cortejo amoroso —un abrazo, un beso en la mejilla—, pero vive solo para él; como llega a de-

cirse a sí mismo: «Je ne l'aimerais pas, que les soirées que je passe près d'elle seraient encore les plus amusantes de ma vie»; y, al escribirlo, Stendhal debía de acordarse de «l'esprit» de Menti —Clémentine Curial—, ¡cuánto recordaría esos dos años, de 1824 a 1826, en que compartieron amor y palabras!

La bella Bathilde —así se llamó una hija de Clémentine muerta en su adolescencia— abandona la vida social, porque su tiempo se convierte en la espera y el gozo de su conversación con Lucien Leuwen. Y la buena sociedad chismosa y aburrida se resiente de esa ausencia, sobre todo, después de haber hablado todo el tiempo de ella; como dice el narrador: «Pendant que la pauvre Mme de Chasteller oubliait le monde et croyait en être oublié, tout Nancy s'occupait d'elle». Los caballeros no soportaban la ausencia de tan bella dama y empezaron a pensar en recurrir al duelo para acabar con ese molesto oficial venido de París que impedía que su Mme de Chasteller adornara la reuniones y pudieran así escucharla y alimentar vanas esperanzas sobre ella.

Un médico sin escrúpulos, M. Du Poirier, feo, desaliñado, grosero, hijo de comerciante (según comentan los nobles, que recurrirán a él) vendrá a poner remedio a tan desastre: «¿Quieren realmente, señores, alejar a M. Leuwen de Nancy sin perder a Mme de Chasteller?». Él encontrará el camino, sin duelos, sin desafíos a espada, a pistola, sin nada... más que con el engaño a los ojos. Claro está que no es un médico cualquiera, sino el de Bathilde, y que necesita un poco de tiempo de preparación y una enfermedad sin importancia de la dama para ponerlo todo en marcha. Como aclara el narrador, Du Poirier no odiaba en absoluto a Leuwen, pero como se había puesto como meta que se marchara, no deseaba otra cosa.

Lo primero fue confiar en secreto a las «discretas» de las salas de los salones de Nancy que la enfermedad de Mme de Chasteller era más grave de lo que se creía, o al menos, que sería larga. Entre los rumores que hace circular la cura que le aplica a la dama que le obliga a no salir de casa, la petición de que le lleven los sacramentos, logra efecto que deseaba: que Lucien crea que su amada está en peligro de muerte. Y Mme de Chasteller, que también llegó a pensarlo, se preguntaba: «¿Morir no es más que eso solo tenía una fiebre vulgar, pero la palabra del médico —y el miedo— dejan huella».

No voy a detallar más los preparativos, cómo logra el perverso médico la complicidad necesaria de las criadas de la dama, y voy a ir a la escena del engaño. Primero, observatorio para Lucien: un pequeño apartado dentro de la estancia que precedía al dormitorio de Bathilde; desde este lugar podía ver todo lo que sucedía en el aposento casi todo lo que se decía en el apartamento entero. Así

a ser testigo de que su amada da a luz a un niño; bueno, él solo oirá los vagidos de un recién nacido; verá al médico que lo lleva en brazos envuelto en una ropa, que cree que está manchada de sangre, y lo que le dice él a una de las criadas: «Tu pobre señora se ha salvado por fin. Ha dado a luz sin problema alguno...». Poco después vendrán gritos de: «¡Deprisa, deprisa!, ¡tiene una hemorragia! ¡Traiga el cubo con hielo que he traído debajo de mi abrigo!». Una escenificación magnífica, contemplada con horror por un desesperado Lucien, que distinguirá perfectamente la cabeza del niño..., pero no recién nacido, sino de un mes o dos, cosa que él no atina a ver, por supuesto.

Sale sin ser visto y se encierra en su casa. La desesperación y el llanto del joven oficial darán paso a un desmayo; un criado lo encontrará y creará que está borracho. No le queda más que escribir a su superior diciéndole que está enfermo, y huir hacia París, para refugiarse en el consuelo de su madre: «¡Amaba! ¡Me han engañado!» —le confesará desesperado.

Así se acaba esta historia amorosa, y por primera vez en la serie de engaños a los ojos lo hará sin final feliz. Mme de Chasteller nunca sabrá la razón de la repentina marcha de su amado Lucien, y él nunca llegará a enterarse de que fue testigo de una farsa. Seguirá amando siempre a su adorada Bathilde, incluso llegará a pensar que qué más le daba a él lo que había visto... si nadie se había enterado; él cortejando platónicamente a la dama, mientras alguien gozaba de aquello con lo que él soñaba, ¡qué ridículo!; pero no, porque «el ridículo necesita ser visto, si no, no existe». En el penúltimo capítulo de esta larga novela de ambiciones políticas, con el poderoso don dinero como fondo, Lucien le miente a su madre, su confidente, diciéndole que se va a Normandía; pero piensa regresar a Nancy y volver a ver a su nunca olvidada Mme de Chasteller. El narrador cierra el capítulo con una frase que comienza: «Dans la soirée, il partit pour Nancy...»; pero no lo llegó a hacer por lo que se deduce del siguiente, que se inicia con la noticia de la muerte repentina del todopoderoso padre de Lucien, hecho que provoca que toda su vida parisina de prosperidad se desmorone. Logrará que lo nombren segundo secretario de embajada en Capel; al ir a incorporarse a su puesto, renuncia a llegar a él por Nancy, como había pensado; en cambio, recorrerá en Ginebra los lugares de la *Nouvelle Héloïse*, verá una cama que había pertenecido a la Mme de Warens de las *Confesiones* de Rousseau —una de las grandes admiraciones de Stendhal—; y tanto la figura de Mme du Châtelet o Chastellet, la amante de Voltaire, como Mme de Warens se mezclan en el recuerdo inmarcesible que el novelista guarda de su Clémentine Curial.

La tristeza se apodera de Lucien Leuwen, le lleva a abrir su espíritu a las artes en Italia, «se alejaba de Nancy tal vez para siempre»; y al incorporarse a su puesto, en Capel, tiene que sermonearse para recuperar la aspereza adecuada y poder relacionarse con la gente con la que va a tratar... Luego, no hay más que el blanco de la página; porque Stendhal no escribió nada más.

El escritor había estado convirtiendo en materia novelesca su historia de amor de años antes con la culta y atractiva Clémentine Curial, bruscamente interrumpida por decisión de ella. Lo vemos dando vueltas a la idea de la ruptura, recurriendo a la literatura para plasmarlo: ¿*Orlando furioso* o *Much ado about nothing?*, ¡las dos obras indudablemente! Porque el *Orlando furioso*, como la *Jerusalén libertada*, como *Don Quijote*, fueron lecturas que le apasionaron en sus años jóvenes; pero además él escribió sobre Shakespeare (*Racine et Shakespeare*), y tuvo que relacionar las dos escenas (no hablo del *Tirant* ni de la novela de Bandello porque desconozco si estuvieron entre sus lecturas).

El personaje malvado, Du Poirier, nos recuerda al hermano bastardo de don Pedro, el perverso forjador del engaño en *Mucho ruido y pocas nueces*, porque ambos nada tienen en contra de la víctima, Claudio o Lucien; pero la malignidad y el sentir que manejan los hilos de la desdicha los unen. En cambio, tanto en el *Tirant lo Blanc* como en el *Orlando furioso*, el amor guía la mente del urdidor del engaño, rechazado en su sentimiento: la Viuda Reposada, Polineso.

Du Poirier decidirá emprender carrera política en París, y tras ser elegido diputado, va a ver a Lucien a su despacho a pesar del pánico que siente de que pudiera haberse enterado de la farsa que había representado para que se fuera de Nancy. Pero Lucien nada sabe ni nada sabrá, y abraza al médico, ahora bien vestido y de cuidado aspecto. Como dice el narrador, el médico tenía talento para la intriga, pero también la desgracia de carecer de valor de la manera más lamentable. Ni los pistoletos que lleva en el bolsillo ni el afecto que manifiesta profesarle Lucien (al que desprecia por su bondad) le impiden temblar a su lado en el paseo que dan, porque espera el golpe de gracia de su ignorante víctima. Su última imagen nos lo presenta agarrado al brazo de Lucien al ver que un borracho se les acerca y diciéndole lo afortunado que es por tener valor.

Nunca más volvieron a verse Lucien Leuwen y Mme de Chasteller. La razón se la llevó a la tumba Stendhal. Podemos imaginarnos su reencuentro, pero nunca existió. Esta vez, el engaño a los ojos triunfó definitivamente. La lección que de ello se saca se la dejó al lector, él sabrá aplicar la enseñanza a su vida si acaso lo necesitare. ■ ■